

güelfos de la ciudad; los habitantes, dirigidos por Sciarra Colonna, el adversario de Bonifacio VIII, aguardaban alborozados la llegada de Luis, que avisado de lo ocurrido no podía demorar su partida. Urgía, en efecto, tomar disposiciones enérgicas para hacer frente a las hostilidades del Papa, porque mientras el legado de éste, el cardenal Bertrand, hacia esfuerzos para concentrar a los güelfos y organizar una enérgica resistencia, y mientras la inutilidad de estos esfuerzos y el movimiento impetuoso provocado por los gibelinos le obligaban a guardar una actitud expectante, Juan XXII dió un nuevo paso contra Luis, desligando a los súbditos de éste de su juramento de fidelidad. Así, después de haberle declarado destituido del trono, quiso hacerle perder su ducado, fundando su sentencia en la pretendida herejía de Luis, porque éste se había puesto en la disputa relativa a la pobreza del clero del lado de los franciscanos, y había dado asilo en su corte a los defensores de los minoritas excomulgados y declarados herejes. A fin de responder a esta acusación había citado el Papa a Luis en Aviñon para el 1.º de diciembre. En igual pena incurrieron Luis de Brandeburgo y varios obispos que se habían puesto de parte del rey.

A mediados de agosto partió Luis de Milan; en el país de Toscana solo encontró resistencia en Pisa, que tuvo que rendirse en breve; pero en Sicilia estaba haciendo Fadrique de Aragon preparativos para prestar a Luis su cooperación. En Roma estaba la población dispuesta a recibir a los alemanes, después de haber regresado con una respuesta negativa la embajada enviada a Aviñon con un ultimatum para lograr la vuelta del Papa a Roma, con orden de darle solo tres días de tiempo para resolverse, a fin de evitar que se dieran como siempre largas al asunto. En Toscana los gibelinos, en particular el poderoso Castruccio de Luca con su fuerte contingente, reforzaron la hueste del rey Luis, el cual a fines del año 1327 continuó su marcha al Sur, y en 7 de enero de 1328 hizo su entrada en Roma, adornada por la población para recibirle. En 17 del mismo mes fué coronado emperador, recibiendo la corona de manos de Sciarra Colonna y de dos síndicos en representación del pueblo de la ciudad eterna. Esta manera nueva y desusada de coronarse fué la aplicación práctica de la teoría de la soberanía del pueblo predicada por Marsilio.

A estos acontecimientos rápidos sucedieron tres meses durante los cuales no se hizo absolutamente nada.

Hasta entonces se había adaptado con bastante acierto la política de Luis a la situación general, utilizando en su provecho el movimiento minorita, extraño a sus intereses, sin hacerse ciego instrumento suyo; pero esta política tomó al fin un giro distinto que resultó funesto. Pudo muy bien esto ser debido a que Luis no supo resistir al encanto mágico que la ciudad eterna, señora del mundo, con sus recuerdos del tiempo del imperio romano-germánico y del imperio romano, ejercía irresistiblemente sobre la imaginación excitable de los alemanes; pero probablemente se debió a la influencia de sus amigos los minoritas, que creyeron haber llegado el momento favorable, después de las ventajas ya obtenidas, para reformar la Iglesia conforme a sus teorías. Luis, dejándose arrastrar por esta influencia, cometió el error de hacerse instrumento de innovadores exaltados, para realizar ideas demasiado revolucionarias. Tal fué su falta cuando debiera haberse limitado a procurar la consolidación de los derechos del trono imperial y el fomento de los intereses del imperio restaurado. En lugar de hacerlo así, abandonó el terreno sólido, deparado por las circunstancias existentes, por seguir en pos de ideales para los cuales no había llegado el tiempo aunque estaban en fermentación tumultuosa. Su objeto de-

bia ser reducir al papado a una posición en la cual no pudiera servirse de su autoridad en beneficio de los Anjou y Valois y contra Alemania; mas en lugar de seguir este derrotero, emprendió la tarea de reconstruir el Estado y la Iglesia según el programa de Marsilio de Padua y de Juan de Jandun. En vez de consolidar su posición en Roma y de dirigirse decididamente al Sur para derrotar, en unión con Fadrique de Sicilia, a Roberto de Nápoles, que no estaba preparado, perdió Luis un tiempo preciosísimo e irreparable en Roma, presidiendo en el Capitolio asambleas parlamentarias populares, que no pasaban de funciones de aparato teatral. Con esto demostró a los ojos del mundo su ineptitud, sobre todo cuando hizo adoptar leyes retumbantes y publicar decretos henchidos de frases teatrales, arrogándose atribuciones que no habían pretendido tener los emperadores alemanes en la época de su mayor esplendor. Lo que entonces se hizo en Roma debía disgustar forzosamente hasta a los adversarios más decididos del papado de Aviñon. Se cometieron arbitrariedades irreflexivas, que por los principios en que se fundaban, y por las consecuencias que en cualquiera circunstancia dada podían sacarse de ellos, debían llenar de zozobra aun a los mismos gibelinos. Esta conducta era tanto más peligrosa cuanto que calculada exclusivamente para halagar al pueblo romano, moviendo e inconstante, le daba una influencia que al primer cambio de fortuna podía dirigirse contra el mismo Luis por los mismos medios, en la misma forma y con el mismo éxito.

En efecto, el nuevo emperador, después de haber estado inactivo tres meses, hizo adoptar por el pueblo romano reunido en el Capitolio y presidido por él en 14 de abril de 1328, tres leyes del imperio, dirigidas todas a un mismo fin, que era allanar el camino a la obra anárquica de los minoritas exaltados. La primera ley, restableciendo el famoso decreto de Federico II (1) contra los herejes, disponía que fueran castigados por el poder civil. La segunda ordenaba la confiscación de los bienes de todos los rebeldes contra el emperador y el imperio; y la tercera, que en adelante se contaran las fechas en todos los documentos por los años del reinado imperial de Luis y los años de la Era cristiana. Estas leyes iban dirigidas contra Juan XXII, siendo su objeto inmediato crear una base legal, aunque en realidad solo aparente, para lo que cuatro días después, en 18 de abril, resolvió una nueva asamblea popular, que fué nada menos que la destitución del Papa en virtud de aquellas dos leyes primeras, a saber: por los delitos de herejía y de lesa majestad. En particular se consideraron como delitos su ausencia de Roma, la mala administración de la Iglesia, la provisión de los cargos eclesiásticos en personas indignas, y sobre todo la usurpación del poder civil y su absorción por el eclesiástico. Los fundamentos en que se apoyaba este decreto discrepaban por tanto de las acusaciones contenidas en la protesta de Sachsenhausen, porque el decreto de destitución emanaba del campo minorita. Luis fué perdiendo de vista el origen de su lucha con la curia de Aviñon, dedicándose a la realización del programa trazado por Marsilio de Padua y Juan de Jandun en su «Defensor de la Paz»; y pasando adelante, hizo elegir Papa por el pueblo romano, reunido en otra asamblea el 12 de mayo, a un fraile minorita llamado Pedro de Corbara, propuesto por él y que se llamó como papa Nicolás V. Este recibió en 22 de mayo la tiara de manos de Luis, a quien en la misma solemnidad ciñó la corona imperial. Aquel día fué el del apogeo de la carrera política de Luis.

Quizás dudó él mismo de la legalidad de cuanto había hecho con el concurso del pueblo soberano de Roma, por-

(1) Véase la parte primera.

que si bien procedió con arrojo y decisión, sin guardar consideraciones a nadie ni a nada, es difícil creer que esta conducta fuera efecto de un plan bien meditado y bien calculado, antes bien parece que aquellas resoluciones radicales que derribaron (se entiende por lo pronto solamente y en el papel ó el pergamino) el orden establecido en la Iglesia de Occidente, fueron producto de una situación falsa ó comprometida. Una serie de circunstancias afortunadas había conducido a Luis a Roma; pero carecía de medios para hacer lo que más convenía y era más urgente, esto es, invadir el territorio de Nápoles a la cabeza de un ejército poderoso. Por otra parte tampoco podía permanecer muchos meses en Roma sin hacer algo que resonara. En esta situación le asaltaron con sus proyectos los jefes del partido minorita fanático, que ardían en deseos de asombrar al mundo con la noticia del triunfo de sus principios y del derrumbamiento del papado herético. A sus instancias se agregaba la imposibilidad en que estaba Luis, siendo emperador por la gracia del pueblo, de ejercer en Roma la plena autoridad imperial; la menor tentativa en este sentido le hubiera enajenado el afecto de los romanos, tan irritables y petulantes, lanzándoles al campo güelfo, y en brazos del Papa y de Roberto de Nápoles, que no cesaban de intrigar, agitar y excitar a todo el mundo contra Luis. Esta falsa situación del emperador explica sobradamente su actitud y conducta en Roma, donde en lugar de los grandes hechos que el mundo, amigos y adversarios, esperaba de él, se limitó a ejecutar actos teatrales, de pura declamación, que lejos de imponer al mundo y darle una gran idea del poder imperial, solo sirvieron para demostrar su situación precaria. La reacción era inevitable porque la población exigente de Roma no podía contentarse por mucho tiempo con frases sin hechos, con parlamentos, asambleas populares y espectáculos de aparato, mientras por otro lado se la cansaba, disgustaba y exasperaba con la estancia prolongada del emperador y de sus guerreros brutales en la ciudad eterna, los frecuentes excesos de las tropas, las exigencias pecuniarias del gobierno imperial, cada día más falta de dinero, y la creciente carestía que causaba todo esto. Destituido Juan XXII y proclamado el papa minorita Nicolás V, no podía irse ya más lejos ni dar más incentivo a los romanos, aunque por una ley especial se había prohibido al nuevo Papa ausentarse de Roma sino por corto tiempo. Así fué que no tardó en cambiar la opinión; el pueblo murmuró y luego tomó una actitud amenazadora. Entretanto el aliado más poderoso del emperador, Castruccio de Luca, había regresado a Toscana desengañado y disgustado especialmente por la prisión de Galeazo Visconti, que continuaba preso; y en esta disposición de ánimo, la deserción de Pistoya le dió el deseado pretexto para separarse de Luis. Había pasado el tiempo favorable para marchar al Sur; la actitud de los romanos se hizo cada día más hostil, y para mantenerse Luis en la ciudad contra la voluntad de la población no tenía bastante fuerza armada. De sus alemanes muchos estaban atormentados por escrúpulos de conciencia desde los últimos actos anti-papales; y finalmente no quedó a Luis más recurso que abandonar la ciudad. Salió de Roma el 4 de agosto de 1328, perseguido por las befas é insultos de los romanos desilusionados que no perdieron tiempo para arrojarse en brazos de los güelfos. Estos se apresuraron a hacer anular por el mismo pueblo romano y en las mismas formas democráticas y aparatosas con que habían sido adoptados y promulgados todos los decretos y leyes del emperador, publicándose otros de carácter enteramente opuesto mientras Luis se dirigía a marchas forzadas al Norte.

En Pisa hizo alto y pasó muchos meses inactivo porque cambió de política, abandonando al partido de los reformis-

tas exaltados. El caso era que habían llegado a Pisa los jefes de la orden de San Francisco, que permanecían firmes partidarios de la pobreza basada en el Evangelio sin participar de las ilusiones político-eclesiásticas de los exaltados, por los cuales, para su mal, se había dejado dirigir el emperador en Roma. Los que habían llegado a Pisa eran el general de la orden, Miguel de Cesena, el provincial nombrado para Inglaterra, Guillermo de Occam, y Bonagratia, de Bérgamo, los cuales para no ser víctimas de sus enemigos habían tenido que huir de Aviñon, a donde habían llevado las resoluciones que el capítulo general de su orden había tomado en Cesena. Estos varones desaprobaban la involucración de proyectos mundanos y políticos con los espirituales y eclesiásticos, tal como se hallaba expuesta en el «Defensor de la Paz.» Creían merecida por Juan XXII su destitución, pero consideraban los últimos actos de Luis en Roma como extravíos lamentables que afeaban y perjudicaban su buena causa y la del imperio. En este espíritu influyeron en el ánimo de Luis, sin que se sepa si le convencieron, ó si Luis escuchó y estuvo dispuesto a seguir sus consejos por haberse persuadido de la ninguna utilidad que le reportaba la alianza con los exaltados, y en su situación comprometida quiso valerse del auxilio del movimiento minorita puro, tan poderoso y respetable. Luis adoptó, pues, en Pisa una nueva línea de conducta político-eclesiástica, pero también con gran aparato teatral. En una gran asamblea organizada con toda la pompa debida en 13 de diciembre de 1328, Miguel de Cesena pronunció un discurso en el cual enumeró las sentencias fulminadas contra Juan XXII, leyó la protesta presentada por su orden, y seguidamente repitió la destitución de Juan XXII, la cual fué publicada por un nuevo decreto en cuyos considerandos se enumeraron todas las herejías de que el citado Papa se había hecho culpable y en las cuales se había mantenido tercamente a pesar de las protestas del emperador y de los minoritas. En su consecuencia, se declaró que había incurrido en excomunión y por lo mismo había perdido todo derecho a su dignidad eclesiástica, siendo el deber de todo cristiano combatirle sin descanso y el de la Iglesia valerse de todos los medios para extirpar tales errores pestíferos. Luis por su parte declaró destituido al papa Juan XXII, nulas las penas dictadas por éste y desligados todos los cristianos de la obediencia al mismo Papa. En este edicto imperial se repitió casi literalmente la protesta de Miguel de Cesena, y por lo mismo difiere esta destitución del Papa de la primera, pronunciada en Roma pocos meses antes. Esta se fundaba en las teorías revolucionarias del «Defensor de la Paz,» mientras la de Pisa se apoyaba en argumentos puramente dogmáticos, como que Miguel de Cesena había declarado expresamente que nada tenía que ver con Marsilio de Padua. Así el edicto del 13 de diciembre venía a ser una revocación pública de los principios proclamados por Luis en comunidad con el pueblo romano en el edicto del 18 de abril; y conviniendo entonces al emperador separarse y renegar del partido extremo, se cometió la falsificación grosera de fechar el edicto de Pisa en el mismo día del edicto romano, en 18 de abril.

Faltaba saber lo que diría el partido revolucionario, y su alzamiento demostró que no se conformaba con esta resolución. No se conocen los pormenores del nuevo movimiento y se ignora si Luis, cambiando otra vez de política, se volvió a acercar al partido extremo, creyendo comprometer y arrastrar consigo al partido moderado en el alzamiento que se verificó, ó si éste se efectuó sin su conocimiento y hasta contra él; lo cierto es que Luis no fué ya dueño de dominar las fuerzas que había desencadenado.

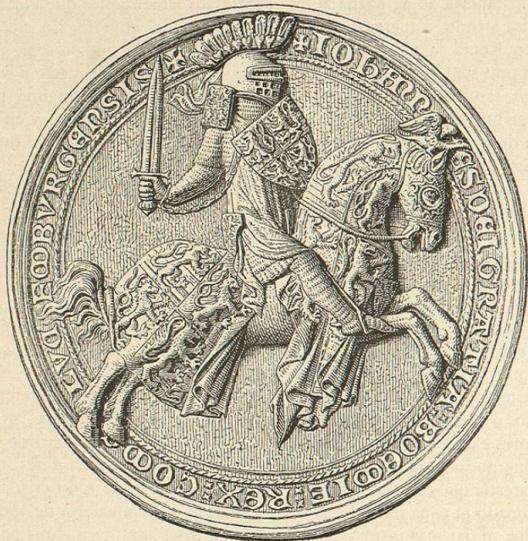
En enero del año 1329 presentóse en Pisa Pedro de Cor-

bara, ó sea Nicolás V, expulsado de Roma, y excomulgó á Juan XXII y á sus partidarios. Se convocó una gran asamblea popular, pero los vecinos mas formales no quisieron tomar parte en ella. Además, á la hora fijada para la asamblea estalló una tempestad violenta, la cual fué considerada por muchas personas piadosas como un signo de reprobación del cielo, y fué menester reunir la gente empleando hasta la fuerza bruta. En medio de una confusion espantosa fué repetida la condenación de Juan XXII y quemada su efigie.

Con este escándalo acabó la expedición de Luis á Roma, desacreditando lastimosamente la justa causa. Creció el descontento de los gibelinos, los cuales, desengañados, se separaron de Luis. Este tampoco podía contar ya con la fidelidad de los alemanes, y entretanto iban produciendo cada día mayor efecto en todas partes los decretos iracundos que el

papa Juan XXII publicaba contra el emperador y sus cómplices. En Pisa no pudo sostenerse ya Luis, y al salir de esta plaza perdió también la Toscana. Dirigióse á Lombardia dejando tras sí el caos; en el Norte de Italia se derrumbó rápidamente el orden aparente que había creado, y después de un ataque infructuoso sobre Milán se vió obligado á atravesar el monte Brenner y volver á Alemania.

Pareció haber llegado entonces la última hora de la monarquía de Luis de Baviera. Felipe VI de Francia no había aceptado la corona imperial de Alemania que le había ofrecido el Papa; pero los adversarios de Luis habían trabajado activamente en Alemania contra él, y si hubiesen estado tan unidos como eran activos, Luis no se habría podido sostener. Lo que principalmente le salvó fué la enemistad continua entre los Luxemburgos y los Habsburgos. El ambicioso y



Sello del rey Juan de Bohemia (tamaño natural).—Se conserva en el Real Archivo secreto del Estado en Berlin.

turbulento Juan de Bohemia no podía consolarse de que se le hubiese escapado por su excesiva juventud la corona real de Alemania, que había ceñido su padre, y no cesaba de intrigar para aumentar su influencia, mediante la cual ya había hecho fracasar una tentativa de arreglo entre Luis y el Papa bajo los auspicios de los Habsburgos. Poco tiempo después pasó Juan á Italia, donde tomó el papel de protector de los gibelinos que tan ineptamente había desempeñado Luis. Este concibió naturalmente grandes celos; pero Juan excitó contra sí á los Habsburgos casando á su hijo Juan Enrique con Margarita, hija y heredera de Enrique de Carintia, á quien los Habsburgos habían creído heredar hasta entonces. Al instante se entendieron los Habsburgos con Luis, y convinieron en que á la muerte de Enrique de Carintia ellos se quedarían en este país y Luis con el Tirol. Al tener noticia Juan de este convenio salió de Italia y regresó apresuradamente á Alemania, donde logró calmar la cólera de Luis; pero no por eso renunció á sus proyectos ambiciosos.

En este asunto Luis demostró otra vez aquella informalidad y aquella inconsecuencia que formaban los rasgos principales de su carácter. Siempre observó la misma duplicidad, siempre adquirió los mismos compromisos en los dos campos opuestos, y siempre por tanto irritó á los enemigos y se

enajenó el afecto de los amigos. Donde mas se mostró patente este carácter funesto fué en su contienda con el papado de Aviñon. Aunque le había hecho cruda guerra, y aunque había ejecutado muchos actos decisivos que al parecer le debían comprometer para siempre de un modo irremediable, no dejó jamás de ser interiormente buen cristiano, adicto al pontificado y deseoso de hacer la paz con la curia, no solamente por motivos políticos, sino por remordimientos de conciencia. A cada instante había revocado todo lo hecho y hasta había otorgado grandes concesiones á la curia en los momentos en que parecía mas irreconciliable; y como esto y su falta de constancia era muy sabido en la corte papal de Aviñon, no cedió el Papa, porque sabía que la victoria final había de ser suya. La situación del imperio no podía ser, entonces menos que nunca, una excusa para semejante política pusilánime de Luis, que siempre estaba implorando la paz en Aviñon, porque si hubo algunos príncipes que se retrajeran y se mantuvieron frios, y si las intrigas del Luxemburgo jamás estaban paradas, estuvieron siempre firmes del lado del emperador y prontas á toda clase de sacrificios las ciudades y hasta la Iglesia de Alemania. A excepción de Colonia, Estrasburgo y Freisinga, tenía Luis de su parte, por efecto de su reconciliación con los Habsburgos, todos los demás

obispos alemanes de alguna importancia eclesiástica ó política; pero nada de esto podía acallar los remordimientos de su conciencia, cuando consideraba que estaba excomulgado. Entonces hubiera hecho los mayores sacrificios para volver á ser admitido en el gremio de los fieles. Esto, que era sabido por la curia, ofrecía ancho campo para las maquinaciones del Papa y de la corte de Francia, y ambos se cuidaron presurosos de explotarlo. En el mes de noviembre del año 1333 se firmó un tratado secreto por el cual renunció Luis á la corona de Alemania á favor de su primo Enrique de la Baviera Baja, en cambio de ser admitido de nuevo en el seno de la Iglesia; y este sucesor de la corona de Alemania, Enrique de la Baviera Baja, firmó en 7 de diciembre también un convenio con Felipe VI de Francia, por el cual le cedió con carácter de hipoteca por el préstamo de 500,000 monedas de oro el antiguo reino de Arles, para que Felipe de Francia se indemnizara de los gastos que según decía le había causado la mediación entre Luis y la curia de Aviñon.

Al divulgarse estos tratos se levantó una tempestad de indignación por el ludibrio inaudito que se hacía de Alemania, y para evitarlo se declararon prontas á todo sacrificio en primera línea las ciudades, á cuyas instancias retrocedió Luis del convenio con el Papa, y así quedó también sin ningun valor el pacto de Enrique con el astuto francés.

El apoyo visible que concedía Juan XXII á la corona de Francia excitó también disgusto en otras partes. En Italia particularmente se recelaba del Papa y se temía que éste vendiese el país á los Valois como quería venderles la Alemania. Los italianos deseaban precaverse contra tal peligro; Roberto de Nápoles había ya protestado contra el uso del título de emperador que Luis había adoptado, y á últimos de verano del año 1334 publicó el Papa el memorable decreto por el cual declaró la Italia para siempre separada de Alemania y de sus coronas imperial y real, al mismo tiempo que anunciaba una próxima rectificación y fijación de fronteras entre Alemania y Francia. Al parecer, se trataba por este medio de incorporar el territorio de Arles al reino de Francia, incorporacion que había fracasado por la anulacion del convenio hecho con Enrique de la Baviera Baja.

Se veía, pues, y cada día se vió mas claro, que la política papal no tenía otra mira en su contienda con Luis sino la humillacion y el despojo de Alemania á favor de Francia, y que los motivos eclesiásticos de que se trataba en apariencia no eran mas que pretextos. Esta política no cambió tampoco á la muerte de Juan XXII, ocurrida en 4 de diciembre de 1334. El colegio de cardenales, que se componía en sus dos terceras partes de franceses, colocó en la silla profanada de San Pedro á Benedicto XII, que fué un mero instrumento de la política de Francia, lo cual no impidió que Luis continuara en sus negociaciones de paz con el pontificado. Estas negociaciones no dieron ningun resultado, por convenir así á Francia, y entonces Luis, de buen ó mal grado, tuvo que volver á una política enérgica y de lucha para reducir á la impotencia á Francia, á fin de hacer mas fácil el arreglo con la curia. A esta política de lucha se ofreció cabalmente la mejor ocasion á consecuencia del conflicto formidable que estalló entre Francia é Inglaterra, á cuya sombra era facilísimo alcanzar pacíficamente lo que no había facilitado la alianza con los franciscanos y los minoritas exaltados. El antiguo antagonismo nacional entre Francia é Inglaterra, que había terminado en un arreglo territorial definitivo, se reprodujo esta vez con fuerza estallando una guerra motivada por el choque de los dos intereses contrarios en los Países Bajos, y que al cabo de ciento y tantos años de lucha debía conducir á una reconstrucción política de ambos países. Durante la contienda parecía llamada Alemania á des-

empeñar un papel decisivo en la balanza política, porque los dos contrincantes, Eduardo III y Felipe VI, solicitaron simultáneamente la alianza del emperador Luis. Indudablemente la alianza con Inglaterra era la mas beneficiosa para los intereses de Alemania, pero contra toda evidencia inclinóse Luis al principio á favor de Francia, con la esperanza de conseguir por su mediación la paz con el papado; Felipe VI al acceder al deseo del emperador no tuvo mas objeto que entretenerle con esperanzas para impedir que se decidiera por la alianza inglesa. Eduardo III hizo los mayores esfuerzos para convencer á Luis, y al fin logró persuadirle de lo que mas le convenia y en el mes de julio de 1337 se firmó en Francfort una alianza anglo-alemana. No por eso interrumpió Luis las negociaciones pendientes en Aviñon, y fueron menester los muchos y siempre nuevos desengaños que le prepararon la Francia y la curia para impulsarles casi contra su voluntad á una política nacional de grandísimo porvenir.



Moneda de oro de Luis el Bávavo (tamaño natural).

Se encuentra en el Real gabinete numismático de Berlin.

Inscripcion circular del anverso: † LVDOVICVS. DEI. GRA. ROMANORVM. IMP. En el centro está el emperador, sin barba, sentado en un trono ricamente adornado, con la corona en la cabeza; armado y llevando la cota de armas encima de la armadura. La mano izquierda se apoya en un escudo con el águila de dos cabezas; en la derecha sostiene una espada con la punta rota, en señal de humildad y de la vanidad de todo poder humano ante Dios.

Inscripcion circular del reverso: † XPC: (abreviacion del nombre griego de Cristo) VINCIT: XPC: REGNAT: XPC: IMPERAT.

Los efectos de esta política pronto se hicieron sentir, y sin ningun mérito de su parte se puede decir que se vió levantado Luis una vez mas encima de sí mismo. Así como antes había sido la cabeza y el adalid del impetuoso partido reformista eclesiástico, siendo en realidad arrastrado por él y su instrumento, del mismo modo á la sazón vino á ser el representante de los intereses nacionales de Alemania, que por los soberanos y el pueblo empezaban á ser comprendidos, cuando en realidad ninguna parte personal y espontánea tomó en este gran movimiento nacional.

Las últimas disposiciones de Juan XXII, que despojaban á Alemania de todos sus derechos sobre la Italia, aunque este país estaba ya completamente perdido para el imperio alemán, habían hecho honda impresion en todo el imperio, porque se había comprendido el desprecio vergonzoso con que la Alemania era mirada; y el deseo de rehabilitar el honor del país, y defenderlo contra nuevas humillaciones, junto con el sentimiento de la fuerza, iban ganando terreno. El pueblo alemán había comprendido que en la ya larga contienda no se trataba en el fondo ni de la persona ni de la política del emperador Luis, sino de la Alemania como entidad política y de su existencia como imperio. La opinion pública excitada continuamente por nuevas provocaciones del extranjero, pedía indignada una accion vigorosa contra el papado de Aviñon y contra sus insolentes protectores franceses. Fué aquel un espectáculo grandioso, porque el sentimiento nacional animaba no solamente á las poblaciones urbanas, que desde años antes se mantenían firmes al